

¡Hermoso elogio para Catalina, Isabel, Textor!

Benditas las madres que cual la de Washington pueden decir: *He enseñado á Jorge la virtud; la gloria no es más que una consecuencia de ella.*

Espero que mi hijo se acordará de las lecciones que le he dado, y no olvidará que es simplemente un ciudadano al cual Dios ha hecho más feliz que á los otros.

La madre de Rafael inspiró también á su hijo la humildad, y esa humildad le valió el poder contar siempre con un gran círculo de amigos.

Pocos tuvieron la dicha de Rafael, pues solo él ha poseído una aureola de gloria, sin que se ciñera á sus sienes una corona de espinas.

Si la Parca nos lo arrebató tan pronto, fué porque tuvo envidia del brillante destino que cupo en suerte al que pudiéramos apellidar *Benjamin de la Fortuna.*

Os hemos hablado de Maggia Ciarla porque ejerció gran influencia en el númen del sublime pintor de las Vírgenes, de las Madres, de las Gracias y las Sibilas; del pintor de la belleza femenil.

BERENGUELA LA GRANDE

MADRE DE SAN FERNANDO.



LA MADRE DE SAN FERNANDO.

CAPÍTULO IV.

La madre de San Fernando.

GÁBELE á D^a Berenguela *la grande*, reina de Castilla y de Leon, la gloria de haber dado á su hijo la educacion física, moral é intelectual. Fernando III el Santo es la perfecta obra de una madre modelo. Esta venerable reina, pacificadora de todos sus Estados, prudente y discreta, que llevaba con tanto acierto las riendas del poder, no descuidó por los deberes que impone un trono los cuidados que exigia la educacion de su hijo.

Parecia hallarse destinada esta gran mujer á dejar una gloriosa sucesion de Príncipes y Princesas, pues la madre de San Fernando es la abuela de Alfonso el Sabio y de la infanta D^a Leonor, aquella interesante mujer conocida en la historia como dechado de esposas admirables.

D^a Berenguela tuvo una descendencia que imitó sus muchas virtudes. El fervor religioso que inspiró D^a Berenguela á su hijo Fernando contribuyó á que éste combatiera contra los sarracenos tan encarnizadamente.

Modesta y humilde siempre, invertía las cantidades destinadas á solemnizar con brillantes fiestas los triunfos de su hijo, en aliviar á los menesterosos. El pueblo la denominó su bienhechora; los pobres su ángel bueno.

Nunca empleó la severa arma de la justicia en contra de sus vasallos; prefería la piedad.

D^a Berenguela cedió á Fernando la corona tan pronto como le fué posible, para dirigir desde la vida privada con el mayor tino todos los actos de su hijo. Acostumbróle á que perdonara ofensas é ingratitudes y á despojarse de todo rencor: por su influencia consiguió Fernando III el sosiego, la tranquilidad y el engrandecimiento de la patria.

Todos los historiadores de su tiempo hacen brillantes apologías de esta reina, todos la denominaron gloria y honor de Castilla, modelo de princesas discretas y prototipo de buenas madres.

Al hablar Alfonso el Sabio del dolor que su padre sintió por la muerte de D^a Berenguela, se expresa en estos términos:

Non era maravilla de haber gran pesar; ca nunca rey en su tiempo otra tal perdio de cuantas hayamos habido, nin tan comprida en todos sus fechos.

De D^a Berenguela puede decirse cual de la madre de San Luis, que tenía valor de hombre en corazón de mujer. Esa gran madre que la historia conoce con el nombre de Blanca de Castilla, decía á su hijo Luis: *Hijo mio, te amo con extremo, y sin embargo, quisiera verte muerto antes que manchado con un pecado mortal.*

Blanca de Castilla y Berenguela la Grande dieron á sus hijos una educación muy semejante. Ambas conocían los deberes que impone un trono, y ambas aleccionadas por la experiencia que les dió el haber reinado, supieron educar á sus hijos para reyes. Las dos reinas nacieron con esa altivez española tan ingénita en la mujer de la raza hispano-americana, la cual inculcaron en el corazón de sus hijos, para que los preservara de toda acción baja y vil.

Fernando III, que adoraba á su madre, respetó muchísimo á las mujeres; la historia ha conservado en sus anales esta frase suya: *Temo más á la maldición de la más infima mujer, que á todos los ejércitos de los moros.*

Fernando III fué digno hijo de Berenguela la Grande, de esa famosa reina que ha inspirado páginas brillantes, grandes elogios á cuantos han hablado de ella.

Decía un contemporáneo suyo, el ilustre arzobispo Don Rodrigo Gimenez de Rada, acerca de Doña Berenguela, las siguientes palabras:

«Esta esclarecida reina crió á su hijo con tal cuidado y le instruyó en las virtudes cristianas, que estando adornada de todas ellas nunca lo apartó de su pecho,

para que al administrarle el puro y cándido néctar se alimentase el niño de las virtudes de su madre, en cuya prosecucion, aun siendo ya Fernando de edad crecida y adelantada, fueron continuas las persuasiones y repetidos consejos para que en todas sus acciones tuviese por blanco el mayor obsequio de Dios y despues el gusto de sus vasallos; dejándose ver siempre en las palabras de esta señora, no femeniles melindres sino magníficos y levantados pensamientos. A la verdad esta gran reina conservó con tanto estudio y comunicó con tanto desvelo los dones y gracias recibidos de la liberal mano de Dios, que todo tiempo, todo estado, todas gentes, y en fin, las naciones todas experimentan en sí con crecidas medras y aumentos, el cariño y afecto de su magnificencia, hallando medio de conservar como discreta en su integridad todo el ramillete hermoso de sus virtudes: vertia á manos llenas los favores y gracias, distribuyendo desinteresada riquezas y tesoros, ya de los que habia heredado de sus padres, ya de los que á su corona tributaban sus vasallos, ostentando pródigo desprecio de los bienes de fortuna, al paso que mostraba continuas aspiraciones de los eternos. Con razon pues robó esta gran mujer las admiraciones de nuestro siglo, supuesto que ni en él ni en todos los de nuestros mayores se encuentra quien en perfecciones la compita.»

Hállase sepultada esta reina en la histórica y monumental Burgos, en el coro del monasterio de las Huelgas fundado por su padre Alfonso VIII en memoria

de la batalla de las Navas de Tolosa. En dicho coro se encuentran entre otros cadáveres de personas reales, el de Doña Leonor de Inglaterra, el de una hija de San Fernando, el de Doña Margarita de Austria, el de la infanta Doña Blanca, el de Doña Urraca, reina de Portugal, y los de las infantas Doña Mafalda, Doña Sancha, Doña Leonor y Doña Catalina.

Todos los pensadores están sumamente de acuerdo en la creencia de que las madres infunden en sus hijos las virtudes y los defectos que ellas poseen, por eso se apresura el gran poeta Heine á demostrar que su madre no es responsable de las excentricidades que él cometió.

Trascribamos sus mismas palabras: Mi madre—dice Heine—era una mujer instruida y muy inteligente, que leia cuantos buenos libros se publicaban, y educaba á sus hijos por sí misma. Su razon y sus sentimientos eran la esencia de la santidad, y no fué de ella de quien heredé mi aficion al romanticismo y mis gustos fantásticos. Mi madre tenia un verdadero miedo á la poesía; me quitaba todas las novelas que me veia en las manos; no me permitia jamas frecuentar los espectáculos ni queria que yo tomara parte en los juegos de mis condiscípulos; me vigilaba en todo, reñia á los sirvientes que contaban delante de mí historias de espectros, y hacia, en una palabra, todo lo posible para apartarme de toda supersticion y de toda extravagancia.»

La educacion que se recibe en el hogar es la que más domina siempre: las escenas que allí vemos repre-

sentadas, no se desvanecen nunca en nuestra memoria.

Una tia de Rousseau que cantaba junto á la ventana del cuarto de éste al ocuparse de sus labores, inspiró al precoz niño su afición á la música.

La madre de Rousseau, que era muy culta y habia hecho estudios literarios, le transmitió al amamantarlo en su seno, esa predestinacion á las cosas del espíritu y esa valiente sensibilidad del alma que forman el fondo del carácter del elegante escritor. La madre de Rousseau habia recibido de la naturaleza un espíritu delicado y de su padre un espíritu muy culto. Esta mujer descendia sin hipócrita vergüenza á las más humildes funciones del hogar, entregándose simultáneamente sin ninguna pretension á las más sólidas y elegantes lecturas de la vida estudiosa. Desgraciadamente murió esa gran mujer antes de haber podido inspirar á su hijo todas sus virtudes. El padre de Rousseau que habia dejado á su esposa jóven, bella y sola en Ginebra para hacerse relojero del serrallo en Constantinopla, infundió sin duda á su hijo su afición á las aventuras y al desorden. Estas dos filiaciones hicieron más tarde de Rousseau un niño impresionable, un escritor sublime, un soñador quimérico y un filósofo vicioso.

«No he sabido—dice él mismo—cómo sufrió mi
« padre la pérdida de mi madre; sé no obstante, que ja-
« mas llegó á consolarse de ella. Creia verla de nuevo
« en mí, sin poder olvidar que mi nacimiento le habia

« costado la vida. Jamas me besó él que no conociera yo
« en sus suspiros y en sus abrazos convulsivos que un
« amargo pesar se mezclaba con sus caricias, no por ello
« menos tiernas. Juan Jacobo—me decia—hablentos
« de tu madre. ¿Cómo, padre, ya vamos á llorar?—excla-
« maba yo,—y estas solas palabras le arrancaban lágri-
« mas. ¡Ah! decia gimiendo, devuélvemela, consuélame
« de su pérdida, calma el vacío que ella dejó en mi alma.
« ¿Te querria yo tanto si no fueras hijo suyo?»

«Mi madre habia dejado novelas: mi padre y yo las
« leiamos despues de cenar. Primero solo se trataba de
« ejercitarme en la lectura con libros amenos, mas en
« breve el interes se hizo tan vivo, que leiamos uno tras
« otro sin descanso y pasábamos las noches en esta ocu-
« pacion. Creo que los libros nos parecian mejores porque
« habian sido escogidos por aquella inolvidable mujer.»

Cuán deliciosas son estas líneas de Rousseau. ¡De qué modo sabe sacar interes de unas escenas íntimas que nada dirian á los seres vulgares! Un escritor semejante tiene que apoderarse indefectiblemente de los corazones, y moverlos á su antojo impeliéndoles hácia donde él quiera.

Si Rousseau fué desordenado en su vida y hasta frio de corazon, es porque le faltaron en su infancia las caricias maternas. Si no hubiera muerto su madre, esta mujer superior le hubiera modelado, haciendo de él una obra perfecta.


¡Madres, no olvideis cuán grande es vuestro poder sobre los séres á quienes dais la vida!

¡Madres, corregid á vuestros hijos desde muy niños para que no se diga más tarde, que sus defectos son un plagio de los vuestros.

Hacedlos antes que sabios, buenos. ¡Procurad inspirarles todas las virtudes practicándolas vosotras!

No hay sublime teoría que tenga en moral la fuerza del buen ejemplo.

Imitad á Doña Berenguela la Grande, que supo hacer de su hijo un hombre eminente, un sér útil á su patria y un santo.



VOLUMNIA

MADRE DE CORIOLANO